

LAS ETAPAS DEL DESARROLLO PSICOLOGICO DEL SER HUMANO. PARTE II

Ahora bien, veamos qué nos dice la Biblia en cuanto a esta etapa de la vida. Dice *Lucas 1:41* **“Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo, v:42 y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. v:43 ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? v:43 Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre”**. Cuando María saludó a Elisabet, sus palabras iban impregnadas del Espíritu Santo y de una carga emocional positiva. Recordemos que María tenía en su vientre a Jesús (a Dios mismo haciéndose carne), por lo tanto, cuando ella habló estremeció a la criatura que estaba en el vientre de Elisabet, y ella también fue llena del Espíritu Santo. El niño que estaba en el vientre de Elisabet era Juan el Bautista; en ese momento él era un feto en gestación, no entendía nada de lo que estaba sucediendo, pero saltó de alegría en el vientre de su madre porque percibió una carga emocional positiva. De igual manera Jesús tampoco le dio un mensaje intencional y racional a Juan, pues, él tampoco podía razonar ni hablar. La conexión que se dio entre ellos en esa ocasión fue puramente emocional, y quedó registrada a nivel emocional. Este pasaje nos muestra que aunque el ser humano no puede pensar a esa edad, sí percibe emociones. Desde el vientre de nuestra madre ya tenemos activada nuestra memoria emocional y el banco biológico de datos. La Biblia nos confirma con este pasaje que nosotros empezamos a registrar emocionalmente todo lo que vivimos, desde que estamos en una condición fetal. Obviamente tienen mucha ventaja los niños que nacen dentro de un hogar de justos, pues, están expuestos a la Presencia de Dios desde que están en el vientre de su madre.

Quizás el ejemplo de Juan no es necesariamente la experiencia que todos tuvimos estando en el vientre de nuestra madre, este fue un caso muy particular. Ahora bien, saquemos lecciones; quiere decir que todos fuimos receptores de cargas emocionales positivas o negativas, aún desde que estuvimos en el vientre de nuestra madre.

Dice *Lucas 1:66* **“Y todos los que las oían las guardaban en su corazón, diciendo: ¿Qué, pues, llegará a ser este niño? Porque la mano del Señor ciertamente estaba con él”**. Al leer este capítulo podemos ver muchos detalles que nos muestran a Dios cuidando de la vida de Juan el Bautista desde que éste estaba en el vientre de su madre.

Luego sigue diciendo *Lucas 1:76* **“Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo; porque irás delante del Señor para preparar sus caminos; v:77 para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación por el perdón de sus pecados, v:78 por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que la Aurora nos visitará desde lo alto, v:79 para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pies en el camino de paz. v:80 Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu; y vivió en lugares desiertos hasta el día en que apareció en público a Israel”**. Note que este capítulo habla más de Juan el Bautista que del Señor Jesús, pero es por las lecciones que Dios quería dejarnos, pues, Juan era hijo de dos humanos al igual que nosotros, en cambio Jesús era Dios hecho carne. En el v:76 Zacarías dijo: **“Y tú, niño...”** ¿Por qué le profetizó este hombre a un niño? ¿Acaso hemos visto alguna vez que un recién nacido entiende lo que le decimos? A la verdad Juan no entendió racionalmente las palabras de Zacarías, pero sí las percibió en su memoria emocional, y las guardó en su banco biológico de datos. Es impresionante ver todo el cuidado que Dios tuvo de Juan cuando él era sólo un lactante. La Biblia dice que Juan, cuando era “niño”, (y notemos que no se mencionan a sus padres) vivió en lugares desiertos. Las palabras de

este verso pareciera que se concatenan muy bien con lo que dicen algunos historiadores, pues, se cree que sus padres lo entregaron cuando estaba muy pequeño a los Esenios para que éstos lo criaran y lo instruyeran. Los Esenios fueron una línea radical entre los judaizantes de aquel tiempo, ellos se dedicaron a vivir en comunidades, habitaban en los lugares desiertos, y estudiaban minuciosamente la “Torah”. Precisamente, los rollos del Qumran (manuscritos originales de la Biblia en arameo - galileo) fueron hallados en una cueva cerca del mar muerto donde se presume vivían algunos de estos Esenios. Más o menos esta fue la vida que tuvo Juan el Bautista desde su niñez, una vida austera y apartada, obviamente no desde que nació pero sí a muy temprana edad. La forma de vestir y la alimentación que tuvo Juan es también un buen argumento para creer que él se desarrolló de esa manera.

El punto que queremos enfatizar de la historia de Juan es que, seguramente, él se encontró con Jesús en muchas ocasiones en su niñez, y todos esos encuentros con Jesús quedaron guardados en su memoria emocional. En el tiempo señalado, Juan pudo recuperar esa información de su banco biológico de datos e identificar a Jesús en el Jordán.

La Biblia nos enseña muchos de estos aspectos vivenciales, somos nosotros los que hemos errado al convertirla en una fuente de conceptos y doctrinas. La Biblia no debemos verla como si fuera la “Constitución Política” de un país, ella nos relata experiencias, nos abre el entendimiento a la manera en la que Dios ha tratado con los hombres. Ni siquiera las cartas de Pablo debemos conceptualizarlas porque ellas fueron el resultado de las necesidades y los problemas que tenían las Iglesias. Si los hermanos de Galacia no hubieran entrado en conflicto a raíz de los judaizantes que les llegaron a enseñar otro Evangelio, jamás hubiera existido la carta a los Gálatas, por ende, tampoco nosotros hubiéramos entendido el cuidado que debemos tener de no convertir el Evangelio en religión. Si los hermanos de la Iglesia en Corinto no hubieran sido tan carnales, jamás hubiera existido para nosotros la carta a los Corintios, y así sucesivamente con todas las cartas apostólicas. A nosotros nos cuesta trabajo entender la Biblia, porque se nos olvida que ella fue inspirada por el Espíritu Santo a raíz de las experiencias vivenciales y las necesidades que tuvieron los creyentes de aquel tiempo. He allí la razón por la cual el Señor se tomó la tarea de dejarnos escrita la historia de “Zaqueo”, de “la Samaritana”, de “Judas el Iscariote”, de “los hijos del trueno”, de “Pedro”, etc. porque Él quería dejar testimonio que conoce la condición interior del hombre y cómo Él puede restaurarlo.

Desde esta etapa de la niñez cada uno de nosotros vamos buscando la manera de tener solventadas las necesidades inherentes a ese tiempo, que ya dijimos que son: El afecto, la seguridad y la supervivencia. Cuando una de éstas falta, empezamos a desarrollar los programas emocionales para la felicidad. Por ejemplo, si algún niño no tuvo afecto de sus padres a esta edad, lo que hace mientras crece es programarse emocionalmente para ser despreciado por todo el mundo, o se vuelve una persona indiferente a los demás, o levanta muros de orgullo para no sentirse vulnerable, etc. A medida que este niño vaya creciendo, serán todos esos programas emocionales los que van a definir su vida y su forma de ser, sólo que estos irán evolucionando porque hará uso de su memoria consciente, es decir, hará uso del razonamiento.

A raíz de todas nuestras programaciones emocionales es que muchas veces pensamos de una manera y actuamos de otra. No siempre hacemos según lo que pensamos porque muchas de nuestras acciones se dan a causa de nuestros programas emocionales. Esto era lo que decía el apóstol Pablo en *Romanos 7:21* **“Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. v:22 Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; v:23 pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela**

contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. v:24 ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?'
Nuestras reacciones no siempre están basadas en nuestra razón, sino en nuestras programaciones emocionales. Nos acostumbramos tanto a esta dualidad de vida que también convertimos el Evangelio en una utopía, en vagos conceptos doctrinales imposibles de cumplir. Si nosotros sólo "aprendemos" conceptualmente el Evangelio, vamos a fracasar, terminaremos siendo religiosos. El Evangelio según Dios es un asunto integral, es decir, no llega sólo a cambiar nuestros razonamientos, sino quiere atacar el problema del hombre desde la raíz, o sea, desde nuestras programaciones emocionales adquiridas en nuestra niñez.

El Señor Jesús en una ocasión dijo: "*Yo soy el Pan de Vida*", esto nos muestra que Él es parte de la experiencia de la vida. Nadie necesita leer un manual para saber cómo comerse un pan, el cuerpo responde de manera inherente ante la necesidad de la nutrición. No debemos preocuparnos por entender a Dios, sólo debemos vivirlo. Necesitamos entender nuestra condición profunda y la manera en la que el Evangelio hace mella en nosotros. El Evangelio no nos funcionará a nivel de razonamientos y conceptos porque la raíz de nuestro problema está en la memoria emocional. Si no hacemos a Cristo nuestra experiencia de Vida, el Evangelio sólo será una carga pesada de conceptos y demandas imposibles de cumplir. Ni las doctrinas, ni las prédicas, ni las unciones, ni los milagros, ni ninguna otra virtud divina nos va a transformar genuinamente; sólo si le permitimos al Señor que desmantele nuestros programas emocionales seremos transformados tal y como es Su deseo.

Nos hemos acostumbrado a percibir el Evangelio a nivel de nuestros razonamientos y nuestras emociones conscientes, pero el problema es que nuestra herida está en el subconsciente, es allí donde el Señor quiere llegar primeramente a sanarnos. Sólo Dios puede llegar a esas partes profundas de nuestro ser, ni nosotros mismos tenemos conciencia de todas las cosas que tenemos acumuladas en nuestro banco biológico de datos. Es acá donde nace la importancia de la contemplación, pues, sólo Dios es capaz de sanarnos y liberarnos de todo nuestro registro vivencial acumulado en nuestra memoria emocional.

La oración contemplativa es un medio eficaz para ser sanados porque en ella dejamos a un lado nuestro momento presente psicológico; esto le da un espacio a Dios para que llegue al meollo de nuestro problema: Los programas emocionales para la felicidad. La oración contemplativa es el quirófano de Dios, es el lugar donde nos acercamos a entregarnos en las manos del médico divino. Hoy en día la medicina ha avanzado tanto, que operan hasta el corazón. ¿Qué es lo primero que le hacen a un paciente antes de someterlo a una cirugía de tal envergadura? Lo duermen. Sería imposible pensar que un médico va a operar a alguien del corazón y creer que tal persona puede estar en su estado consciente durante la operación. ¡No es posible! Lo mismo sucede en el plano espiritual, si queremos que Dios haga su operación en nuestro ser interior, debemos ceder nuestro momento presente psicológico, sólo en ese estado Dios podrá hacer Su obra plena en nosotros.

A continuación, prestemos atención a la experiencia que tuvo nuestro apóstol Marvin Véliz, mientras estaba estudiando estas cosas:

"Me sentía muy abrumado al estudiar todas estas cosas y en cierto momento quise dejarlas en el olvido. De pronto una voz me dijo: "Continúa, ¿Acaso no eres una víctima de las cosas que viviste en tu infancia?". El Señor me hizo ver el problema que yo tengo

en cuanto a comer en exceso, y pude ver que esto se originó en mi vida en la etapa de mi niñez, precisamente, entre los cero y los dos años de vida. Yo no recuerdo nada de ese tiempo, pero mi papá me cuenta las penas económicas que pasaron cuando yo tenía esa edad. Mis padres eran muy pobres, sin embargo, tuvieron la bendición de empezar a trabajar en el hospital nacional de Guatemala. En aquel tiempo, la comida que les daban a los pacientes de dicho nosocomio era de muy buena calidad, así que mi madre se hizo amiga de las cocineras, y empezó a llevar a la casa algunos de los sobrantes de comida del hospital. Como no teníamos refrigeradora, teníamos que comernos todo lo que ella llevaba en el transcurso del día, sino las cosas se arruinaban y había que botarlas. De modo que de no tener nada que comer, pasamos a una abundancia en la que teníamos que comer exageradamente para no desperdiciar. Yo no recuerdo nada de lo que viví hasta mis dos años de edad, pero me doy cuenta que mi memoria emocional guardó todas esas experiencias vivenciales. Pasamos varios años en esta condición, de modo que yo crecí con el vicio de la comida, porque todos los días teníamos que comernos todo lo que mi mamá llevaba a la casa.

Toda esa situación creó programas emocionales en mi vida, pues, a través de la comida encontré afecto, seguridad y supervivencia. En primer lugar, yo recuerdo perfectamente las atenciones extremas que tuvo mi madre para conmigo en cuanto a la comida. En segundo lugar, esa provisión de alimentos hizo que mis padres se estabilizaran económicamente, de modo que eso me dio seguridad. En lo que yo tengo uso de razón, tuve una niñez de mucha abundancia, pues, aunque éramos pobres, éramos los más abundados de toda la familia. Esto hizo que surgieran otros programas emocionales en mi vida, pues, también me dio poder y control. Yo crecí entre todos mis primos como el “niño que tiene dinero”, de modo que ellos tenían que jugar lo que yo quería jugar, y las reglas del juego las ponía yo. Si alguien no se acoplaba a lo que yo decía, agarraba mis juguetes, los guardaba y ya no jugaban, así que me obedecían.

Mientras estudiaba estas cosas, el Señor me hizo recordar muchos detalles de mi infancia, y me las puso en la mente como una película, de modo que entendí que mucho de lo que soy ahora es el resultado de toda la programación emocional que se forjó en mi niñez”.

Sólo mediante la oración contemplativa podremos ser liberados de nuestros programas emocionales. Expongámonos delante del Señor todos los días, en la mañana y en la tarde. Acerquémonos con confianza al quirófano divino, y permitámonosle a Dios, a nuestro Sanador, que haga Su obra en nuestras vidas; sólo allí seremos liberados de las amarras que se forjaron en nuestra alma.

Hagámonos la siguiente pregunta: ¿Por qué Dios hizo a Adán y Eva siendo adultos? Ellos no tuvieron niñez, en cambio nosotros nacemos siendo niños, y somos los más débiles de toda la creación al nacer. Adán no sufrió este problema porque fue el prototipo del diseño divino. Si Adán no hubiera caído en pecado, todos hubiéramos llegado a ser como él. Nuestra condición definitivamente es diferente a la de Adán, pero en medio de todo el caos que somos, Dios desea que nosotros nos encontremos con Él, y que seamos conformados a Su imagen y semejanza. Dios permitió que el ser humano fuera de las criaturas más débiles e indefensas de la creación en sus primeros años de vida, para empezar pasa nueve meses en el vientre de su madre, luego vienen los primeros años de su vida que también están rodeados de debilidad extrema, es dependiente totalmente de una persona adulta. Dios tiene un propósito de hacer así las cosas, para empezar Él quiere que el ser humano se llegue a relacionar con Él mediante la fe y el amor. Cuando un niño nace, él pone fe en sus padres, depende de ellos totalmente, él confía tanto en

sus padres que nunca se preocupa de lo que va a comer, pues, sabe que sus padres buscarán la forma de alimentarlo. Si la relación padre-hijo se da como se debe en los primeros dos años de vida, y el niño recibe cargas emocionales positivas por parte de sus padres, ese infante va a sentir suplidadas sus primeras necesidades vitales que son: afecto, seguridad y supervivencia. Un niño que nace y crece en tal ambiente, a futuro será una persona con mucha confianza, una persona segura en sí misma, porque todo el ambiente de su niñez le suplió sus necesidades básicas. Toda esta experiencia vivencial queda grabada en el niño, de modo que a futuro él sabrá que hay alguien que cuida de él, y que debe confiar y amar a esa persona que se ocupó de él. El niño que crece en ese ambiente, al llegar a su adultez estará mas apto para recibir el Evangelio, pues, lo único que tendrá que hacer es creer que Dios es Su Padre, y por lo tanto, puede tener fe en Él y amarlo tal como hizo con sus progenitores en su niñez. No estamos diciendo que Dios no puede hacer una obra maravillosa en un niño huérfano, pero eso no quita que el amor prodigado por los padres en los primeros dos años de vida predispone a cualquier persona a aceptar más el regalo de la salvación y la fe en Dios.

Démosle gracias a Dios por los dos primeros años de nuestra vida, pues, aunque no recordamos nada de lo que nos sucedió a esa edad, Él cuidó de nosotros. Démosle gracias porque nos cuidó en el vientre de nuestra madre, y démosle gracias porque venimos a este mundo y sea cual sea la situación que nos tocó vivir todo ayudó para bien, para que tengamos fe en Él y para que lo amemos.